

á descubrir que no existe una «diferencia esencial» entre los fenómenos psíquicos del histerismo y la psicología de los hombres sanos. Podría formularse este principio en la forma siguiente: *las diferencias entre los fenómenos nerviosos normales y los histéricos son más cuantitativas que cualitativas*. Diríase que la extravagante psicología del histérico es una caricatura de la del sujeto normal.

Pues bien, la psicopatología ha demostrado hasta el cansancio la existencia de una «subconciencia» en los histéricos. Esta subconciencia toma la forma de una personalidad doble, triple y cuádruple; es decir, de una serie de hipóstasis que, en plena conciencia, se ignoran unas á otras. Este es el don de los neuróticos que Wundt llama, no sin ironía, *hipostasearse (hypostasiren)*.

La fenomenología psíquica de los hombres normales presenta tan vaga y nebulosamente el *hecho* de la subconciencia-subvoluntad, que algunas de las observaciones que más adelante apuntaré para comprobarlo podrían parecer, á lectores llenos de prejuicios escolásticos, imaginarias... Pero la fenomenología del histerismo revela *el mismo hecho* de manera tan evidente, tan caricaturescamente evidente, que la doctrina de la subconciencia-subvoluntad resulta innegable en los histéricos...

Por consiguiente, las *bases psicopatológicas* de

la doctrina podrían sintetizarse en este silogismo: toda la fenomenología del histérico es científicamente aplicable al hombre normal; la subconciencia es el rasgo capital de la fenomenología del histerismo... Ergo, el fenómeno de la subconciencia es científicamente aplicable al hombre normal.

Es de advertir que la teoría de la «subconciencia de los histéricos» que emerge de las experiencias de la Salpêtrière, notablemente expuesta por Pierre Janet, se diferencia de la doctrina de la subconciencia-subvoluntad *normal* que esbozo en muchos puntos capitales, como son:

1.º Aquella no estudia la fenomenología de la subconciencia más que en la histeria, apartándola de la psicología general, sin precisar si ello existe ó no en los hombres sanos, lo cual es el objeto de ésta.

2.º Aquella, si alguna vez deja entender que existe la subconciencia en los hombres sanos, la admite más como un histerismo incipiente que como un hecho normal; ésta, como un hecho normal más que psicopático.

3.º A llegar á admitir aquella la subconciencia en el hombre sano, no le atribuye importancia; ésta, sostiene que *todos* los actos conscientes-voluntarios se elaboran en la subconciencia-subvoluntad.

4.º Aquella considera como fenómenos típicos de la subconciencia los actos cometidos en un estado patológico que podría llamarse *anestesia total psíquica*; ésta no atribuye importancia á esos actos anormalísimos y generalmente artificiosa-

mente provocados, considerándolos, no típicamente subconscientes-subvoluntarios, sino típicamente *inconscientes-involuntarios*.

5.º Aquélla busca preferentemente la explicación de los fenómenos subconscientes en *perturbaciones locales*, como son de los nervios periféricos de la vista y el tacto; ésta, en la *síntesis psicológica* del hombre normal, dando preeminencia al elemento psíquico sobre el físico.

5.º *Bases sociológicas*.—Hasta aquí, las bases científicas esbozadas de la doctrina de la subconciencia-subvoluntad son aplicables, salvo acaso las patológicas, á toda la escala animal, y hasta podrían extenderse hipotéticamente á toda la materia viva; las bases sociológicas son exclusivamente relativas al hombre. Pero estas últimas bases, si no se refirieran también á principios biológicos generales y á un conocimiento científico de la psicología y de la historia, podrían parecer fantásticas, cómodas deformaciones de hechos que el autor amolda á su doctrina...

Veremos en los capítulos posteriores que la psicología humana es en todo semejante á la de los demás animales superiores, salvo en cuanto á lo que llamo su *Aspirabilidad*, la impulsión subjetiva al Más-allá; que la exteriorización de esta facultad humana por excelencia es el Progreso, y que su *modus operandi* se traduce en la *ley de reacciones por contrastes*. En la vida de los individuos, cada edad, — infancia, adolescencia, juven-

tud, madurescencia y senectud, — tiene su carácter que contrasta con el de la precedente... En la vida de los pueblos, á las castas sagradas del brahamanismo sucede el nirvana del budismo; á la esclavocracia animalista del paganismo, la igualdad caritativa del Cristianismo; á la barbarie goda, la sensibilidad romántica, etc.

Pues bien, estas reacciones por contrastes no son transformaciones paulatinas, conocidas, medidas, *conscientes*; son impulsos violentos, imprevistos, caprichosos, cuya verdadera tendencia ha sido ignorada en sus fautores, casi inconscientemente en sus héroes... O sea, *subconsciente*. El Renacimiento, ó la Reforma, ó la Revolución francesa, por ejemplo, reaccionando respectivamente contra el artificialismo escolástico, el dogmatismo papal y la monarquía absoluta, son improvisaciones aparentes en la conciencia de los pueblos, quienes han ido, sin darse cuenta, acumulando hechos y pasiones en su subconciencia. En el instante en que esas acumulaciones seculares alcanzan lo que yo llamaría el *punto de resistencia* de la subconciencia-subvoluntad, en que colman su medida, las ideas subconscientes de las turbas puján por atropellar el «umbral de la conciencia»; los humanistas hablan, las evocan mágicamente, y ellas empiezan á desfilar, una por una, en una actividad insólita, por el campo de la conciencia: el movimiento social estalla, como un pistoletazo...